

EL PUNTO DE QUIEBRE

Alfredo Joignant
Profesor Titular
Escuela de ciencia política
Universidad Diego Portales
www.alfredojoignant.cl

Partamos por reconocer un error: jamás se me pasó por la cabeza que la abstención en la elección municipal del día de ayer iba a alcanzar niveles tan abultados. Se trata de un dato esencial, ya que la desafección –combinada con alguna forma de descontento y hasta de malestar con la política y con las elites por parte de amplios grupos sociales- invade no sólo a los nuevos electores, sino también a miembros del antiguo padrón. Es decir, un apestamiento y desinterés general con la política, sea ésta local o nacional.

Naturalmente, este nivel de abstencionismo no fue el resultado de una funa deliberada del voto, como por ejemplo la que fue organizada por una dirigente estudiantil enarbolando el eslogan “no presto el voto”. Las raíces de la desafección son mucho más profundas. Sin embargo, el sólo hecho que alguien (en este caso una adolescente) se haya propuesto funar el voto refleja una evidente pérdida de energía legitimadora del sufragio universal. En Chile como en muchas otras partes. Qué lejos estamos de las primeras luchas obreras y populares por conquistar el sufragio universal masculino, y qué tremenda distancia nos separa de las luchas sufragistas lideradas por mujeres hace tan sólo unas pocas décadas. Y por cierto, qué distante se ve aquel voto popular mediante el cual una dictadura fue derrotada, hace sólo 24 años.

Es en este contexto de masivo desinterés por las elecciones municipales que la oposición (de la cual la Concertación es una fuerza medular) triunfó de modo categórico (eso que los americanos llaman un *landslide*), apelando a una mayor capacidad de movilización de su electorado histórico (que sin embargo no le bastó para no perder alrededor de 200 mil votos respecto del 2008 frente a los 600 mil de la derecha).

Pero esta elección deja además varias enseñanzas. En primer lugar, el fracaso de las encuestas de opinión, especialmente las que son encargadas y publicadas por los medios de prensa escrita con todos los efectos de intoxicación de la opinión pública que eso implica: que Carolina Tohá tenía 7 puntos de atraso respecto de Zalaquett hace 11 días atrás (y resulta que la nueva alcaldesa de Santiago se impuso por 7 puntos), o que había casi un empate en Maipú (en circunstancias que el alcalde Vittori ganó por casi 20 puntos), y así sucesivamente. Es como para dudar tanto del modo de producción de los datos de encuesta como de sus usos políticos y editoriales. En

segundo lugar, que el volumen del abstencionismo en Chile no se sitúa en parámetros normales (salvo si se considera como parámetro de normalidad las tasas de abstencionismo de los países anglosajones, bi-partidistas y sobre todo con una conformación de sus sistemas de partidos que nada tiene que ver con nuestro país). En tercer lugar, que es un mito la idea -ventilada contra viento y marea por mi amigo José Miguel Izquierdo- que los alcaldes que van a su primera reelección ganan (en circunstancias que Zalaquett perdió, provocando desde un balcón imaginario la caída de Golborne). En cuarto lugar, que una "buena gestión municipal" (vaya a saber uno qué es eso) es premiada por los electores. En quinto lugar, que la desmovilización del electorado de la derecha se explica por una desafección con su propio gobierno a poco más de dos años y medio de iniciado: ¿cómo no ver que este resultado genera la sensación, entre corporal y térmica, de un gobierno exhausto y de una coalición gobernante dividida...como si la nueva forma de gobernar estuviese al mando del país hace por lo menos una década?

Qué duda cabe: Chile acaba de vivir un punto de quiebre. Un triunfo a decir verdad relativo de la oposición frente a un adversario que acabó devastado no tanto por el mérito del adversario (que ciertamente existió, pero que por sí sólo era insuficiente) como por un derrumbe de un gobierno que ya no podrá dejar un sello nítido. Pero convengamos también que tiene algo de ridículo y fútil las expresiones de alegría de aquellos que resultaron electos: victorias al fin y al cabo relativas, puesto que nadie puede invocar suficiente legitimidad social para poder hablar en nombre de los habitantes o electores de una comuna con el fin de hacer olvidar que fueron electos por una enorme minoría (eso que Bourdieu llamaba *illusio* y que es una dimensión constitutiva del funcionamiento de la democracia representativa).